

GILDA HOLST

OBRA COMPLETA

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

PRÓLOGO

Gilda Holst es una de las más interesantes y menos visibles escritoras latinoamericanas de finales del siglo xx. Resulta curiosa la cantidad de autoras que surgieron en la literatura ecuatoriana a partir de aquel momento. En ellas (Rumazo, Holst, Miraglia) se pueden encontrar todas las grandes discusiones que marcarían a la cultura regional en las décadas siguientes. El empuje de sus primeros libros, publicados en ediciones precarias y con tirajes mínimos, contribuyó a la renovación de una narrativa que contaba con muy pocas escritoras en su corpus principal.

Los textos que componen esta colección evidencian un giro, un cambio de ruta. También pueden leerse desde la transgresión y la provocación. A Holst le gustaba provocar. En sus libros hay un personaje recurrente: una mujer tímida que de repente se atreve a intervenir en una situación o en una conversación y termina por incomodar al resto. Es uno de los temas más presentes en su obra: mujeres en una situación difícil, frágil incluso, que de pronto deciden desestabilizar, perturbar, contraatacar. Su postura intelectual era parecida. En una época y en un lugar donde lo que se leía eran primordialmente a los autores del *boom*, Holst insistía en la importancia de gente como Manuel Puig, Alejandra Pizarnik, Silvina Ocampo, Felisberto Hernández. Es decir, otras formas de escritura que en esa época no eran nada comunes en el ambiente literario latinoamericano (o en el ecuatoriano, al menos).

Holst siempre sospechó de todas aquellas lecturas y críticos que no buscaban en los libros otra cosa que la reafirmación de sus teorías o reivindicaciones políticas. La escritura, empezando por la suya, tenía que surgir del asombro, del vacío, de lo que no vive en la superficie del texto. En uno de sus ensayos sobre el proceso de escribir, comentaba: “Creo que la escritura parte de un asombro, un deleite, una perplejidad, un goce, un horror, algo que en algún momento te ha dejado enmudecida, y una trata de poner palabras, hacer una red, plantear un orden, una explicación, un juego, una pregunta, tender un puente sobre ese silencio, y mostrarlo y cubrirlo al mismo tiempo”.

En su literatura, hay una obsesión por lo encubierto. Es decir, un intento por resaltar la poderosa atracción que nos lleva a fijarnos en lo que un texto nos esconde. Aquella inaccesibilidad requiere una mirada exigente que esté decidida a atrapar lo que se le escapa. Como escritora y lectora, a Holst le interesaban las obras literarias en las que se expresa la búsqueda de una realidad escondida, así esa búsqueda sea una empresa destinada a la derrota. Perseguir lo oculto, después de todo, es exponerse al fracaso y la decepción.

Jean Starobinski ha definido lo escondido como el otro lado de una presencia. Lo escondido fascina, sostiene el crítico suizo, proyecta una energía impaciente allí donde vemos disimulo o ausencia. Lo que no se puede ver con claridad termina por despertar en nosotros un deseo de ejercitar nuestra mirada de forma penetrante y ambiciosa: “La fascinación emana de una presencia real que nos obliga a encontrar preferible lo que disimula ella misma, a anteponer lo remoto, que ella nos impide alcanzar en el momento mismo en que se ofrece. Nuestra mirada es arrastrada por el vacío vertiginoso que se forma en el objeto fascinante: se

ahonda un infinito que devora el objeto real por medio del cual se ha hecho sensible”.

Es difícil asimilar un texto crítico sobre la obra de Gilda Holst que pase por alto este aspecto de su trabajo. Holst es una escritora que, por lo general, es muy cuidadosa con los silencios, la ambigüedad, los desencuentros. Su obra difícilmente se somete a una crítica cuya concepción de la literatura es fundamentalmente representacional. Es decir, una literatura que se juzga en relación con su capacidad de transmitir lo más “auténticamente” posible la realidad de un grupo, una situación, un problema. Aquella crítica sirve poco para aproximarse a una obra que precisamente desajusta ciertos códigos narrativos que habían imperado desde siempre en la literatura ecuatoriana.

El primer cuento de su primer libro, que lleva el sugerente título de “El escritor”, ya nos presenta, de entrada, un problema formal. Es el relato sobre un autor que suele escribir como si fuera un narrador omnisciente. El cuento lo describe como un tipo controlador al que le gusta juzgar a sus personajes (figuras acrílicas, pero sin matices). Lo curioso del relato, sin embargo, es que la voz narrativa está planteada de forma parecida a la que critica. Es decir, desde una omnisciencia que todo el tiempo está emitiendo juicios sobre sus personajes. Aquella tensión es la base del cuento.

El punto de vista es uno de los problemas centrales de la narrativa del siglo xx. En América Latina fue, de hecho, uno de los campos de batalla sobre los que se buscó plantear la renovación del cuento y la novela. La idea era enfrentarse a una de sus tradiciones latinoamericanas más potentes y saludada por la crítica: la del realismo de tipo social. Mario Vargas Llosa recuerda, en *El pez en el agua*, el fastidio que su generación sentía por aquella literatura “provinciana” y “subdesarrollada” en la que un narrador que se supone

omnisciente está constantemente entrometiéndose y opinando. Corregir este “error técnico” va a ser una de las premisas centrales de ciertos autores del *boom*.

La obra de Holst no parece tener mayores problemas con el uso de aquel narrador. Las novelas del *boom* procuraron evitar cualquier resto de presencia autoral (que en muchas novelas del realismo social se mediatizaba a través del narrador omnisciente) y para hacerlo recurrieron a todo tipo de técnicas: el diálogo directo, el discurso indirecto libre, el monólogo interior, etc. Pero aquel intento también podía terminar en el aumento de la presencia autoral: el autor como estrategia, como un dios que mueve los hilos de su creación. Es lo que puede verse en varias novelas latinoamericanas de los años sesenta y setenta que buscaban seguir ciertos planteamientos del *boom*. A diferencia de ellos, la literatura de Holst vuelve a echar mano de aquella omnisciencia narrativa que interviene todo el tiempo en lo que cuenta. La diferencia, claro, es que en su caso esa voz es sólo otra más, tan perpleja e incapaz de explicar el mundo que cuenta como el resto de sus personajes y el mismo lector.

Podrían escribirse varios trabajos sobre el uso del punto de vista en la literatura de Gilda Holst. Desde su primer cuento hasta la potente multiplicidad de voces que conviven en su única novela, *Dar con ella*. No ha sido muy común en el Ecuador encontrar narradores que sean tan conscientes del proceso de ensamblaje de un texto literario. En el caso de Holst, esa preocupación pone en funcionamiento una profunda crítica hacia aquella narrativa ecuatoriana que ha buscado históricamente privilegiar los temas y las buenas intenciones. El protagonista del relato “No es mucho”, incluido en el volumen *Turba de signos*, es un personaje que va a rebelarse justamente contra la simpleza de la estructura literaria en la que debe moverse: una novela de los años treinta que,

según cuenta, nunca debió ser publicada. En esa obra olvidable, el personaje tiene, sin embargo, un momento que él llama “verdadero”. Este se da cuando se detiene a observar lujuriosamente a un jovencito sudoroso que trabaja la tierra. Desde luego, la nula complejidad formal de la novela (que va de la mano con una sexualidad sometida a las “virtudes” morales de la época) jamás permitirá que ese deseo prospere. El desafecto que el personaje guarda hacia ese sistema narrativo domina todo el cuento hasta volverlo irrespirable.

La obra de Holst funciona, en varios niveles, como una relectura de la tradición literaria ecuatoriana. Hay una permanente necesidad por establecer diferentes diálogos con varias zonas de esa tradición. No encontramos en Holst, como sí ha sucedido con otros autores ecuatorianos de su generación en adelante, una voluntad por rechazar épocas o movimientos literarios en bloque. En su escritura es posible observar las afinidades y las marcas que han dejado ciertos escritores ecuatorianos de diferentes estilos y momentos (modernistas, vanguardistas, realistas). En “La voz en off”, uno de los mejores relatos de *Turba de signos*, los referentes están claros desde la dedicatoria: Medardo Ángel Silva, Pablo Palacio, José de la Cuadra. El cuento combina los versos de Silva con los giros narrativos y las brutales descripciones de feminicidios que pueden encontrarse en De la Cuadra. La narración nos lleva, además, a reconstruir los diferentes sentidos de un crimen de la crónica roja nacional. La conexión con el Palacio de “Un hombre muerto a punta-piés” es evidente.

A propósito de Palacio, su influencia en la narrativa de Holst es innegable. La influencia de Palacio en generaciones posteriores a los treinta ha tenido que ver menos con la escritura que con el entusiasmo y la novelaría. Es más un escritor invocado que leído, menos un precursor que un fetiche.

Dentro de la literatura ecuatoriana, su influencia real sigue moviéndose más en los márgenes que entre los autores favorecidos por la academia o el oficialismo.

Holst y Palacio conectan en más de un punto. Hay en ambos una voluntad por problematizar los modos tradicionales de representación de la narrativa de su época, ambos buscan romper con cierta petición de virilidad extendida en la ética y estética de la cultura nacional, sus juegos narrativos desmontan aquel manido afán de objetividad literaria de muchos de sus colegas, la ironía corrosiva de sus textos explora lo que se mueve detrás de una cotidianidad escondida bajo apariencias que engañan. Al igual que en Palacio, nos encontramos frente a una ficción que reflexiona sobre su propia constitución en tanto se construye a sí misma como ficción. Es una literatura que, en este hacerse, levanta una estética sobre la base de dobles miradas: la ironía, el humor, la parodia.

El humor en la literatura de Gilda Holst es una terapia de choque contra la moral burguesa, contra lo rutinario y vacuo de una visión de mundo superflua e inmóvil. Tanto en *Turba de signos* como en *Bumerán*, los libros donde más se insiste en este recurso, nos encontramos ante el continuo intento de unos personajes femeninos por boicotear e incluso ridiculizar abiertamente las distintas esferas por las que deben moverse: el matrimonio, la clase social, la ciudad. El humor es un mecanismo que busca dinamitar desde dentro las certezas de un entorno incómodo.

La narrativa de Holst construye una imagen entre arrogante y paranoica de aquella burguesía ecuatoriana, cuya aparente estabilidad se quiebra ante el menor desajuste. Empleadas domésticas, porteros, mendigos: todos son sujetos desconfiables que, desde su mirada subordinada y desafiante, atentan contra aquel mundo de seguridades y

privilegios. Calixta, la niñera estrábica del relato “Con sumo cuidado”, pone en movimiento no sólo los prejuicios de sus empleadores, sino también sus vacilaciones y miedos. Parece estar todo el tiempo riéndose de ellos. Su ojo estrábico se muestra permanentemente horrorizado por algo. Para sus jefes, aquel elemento puede convertir la cotidianidad en una experiencia siniestra, eso que Freud llamaba *das Unheimliche* y que hacía referencia a la vivencia contradictoria donde lo familiar se transforma en extrañeza y angustia. Calixta es un monstruo que, como todo monstruo, representa lo completamente ajeno, aquello con lo que es imposible alcanzar ningún pacto social. La monstruosidad de Calixta es la monstruosidad del sistema que la segrega: un orden que necesita presentarla como potencial infractora. Calixta parece siempre estar a punto de cometer un crimen. De ahí que su jefa prefiera, hacia el final del cuento, drogar a sus hijos antes que dejárselos a su cuidado.

La representación de un Guayaquil finisecular, dividido y desigual, domina la obra de Holst. Es una imagen que socava desde dentro la publicidad del oficialismo político que promovía la idea de un Guayaquil “regenerado” y “moderno”. Pero las voces que recorren estas historias no se limitan, como sugieren sus propios personajes, a la mera indignación: la propia mirada está contaminada y es culpable. La narradora de “Bumerán”, del volumen del mismo nombre, lo deja claro: no se puede hablar de Guayaquil en “tercera persona”, en la indignación hay que incluirse. Dicha inclusión comienza en el lenguaje.

Holst pertenece a una generación de escritoras guayaquileñas que irrumpieron con fuerza hacia finales de los ochenta. La mayor parte participó en el taller de Miguel Donoso Pareja, quien promovió sus trabajos y facilitó la publicación de sus primeros libros. Aunque no todos lo

han reconocido (la gratitud no es precisamente una virtud común entre escritores), son muchos los autores latinoamericanos que se encuentran en deuda permanente con el generoso magisterio de Donoso: de Jorge Velasco Mackenzie a Juan Villoro, de Mario Campaña a Roberto Bolaño (a quien Donoso ayudó a publicar sus primeros poemas).

En el caso de esta nueva generación de escritoras, las más visibles desde un primer momento fueron Gilda Holst y Liliana Miraglia. Ambas recibieron inmediata atención de la crítica nacional e internacional a principios de los noventa. El peruano Julio Ortega incluye a Holst y a Miraglia en su balance sobre lo mejor de la literatura latinoamericana de la década que comenzaba, mientras que el venezolano José Balza saludaba la escritura de Holst como “un nuevo estrato de la sensibilidad literaria en América Latina”. En pocos años, Holst se convirtió en la autora más antologada de la narrativa ecuatoriana de finales de siglo xx. El momento es importante para la cultura del país: las mujeres toman una centralidad que nunca habían tenido en la literatura ecuatoriana, se publican varias colecciones de escritoras y comienza la recuperación de figuras injustamente olvidadas o semiolvidadas, Lupe Rumazo entre ellas, uno de los puntos más altos de la historia de la novela andina.

Las estrategias narrativas de los textos de Holst ponen en práctica una escritura de resistencia. Es un proceso que provoca una reestructuración del yo de sus protagonistas y moldea en ellas una nueva conciencia sobre el propio cuerpo y el entorno en el que deben moverse. El cuerpo femenino en la literatura de Holst, como han notado varios críticos, parece no estar completamente integrado, como si cada parte tuviese una autonomía propia y quisiera moverse con independencia. En “Una turba de signos”, cuento de la colección *Turba de signos*, la angustiada narradora necesita

comprender los movimientos de una corporalidad que parece no obedecerla (a pesar de que ese esfuerzo termina por ahuyentar al hombre que camina a su lado).

Las diferentes rupturas que proponen estos textos terminan por fracturar varias de las zonas más duras de la cultura nacional. En este sentido, resulta curioso que algunos críticos dividan la obra de Holst en dos: los textos “feministas” y los textos más “literarios”. Es decir, como si relativizar ciertas ideas heredadas de la cultura (las de género, en este caso) fuese incompatible con una práctica literaria digna de ese nombre. Lo cierto es que la complejidad formal de la narrativa de Holst no se da *a pesar* de cuestionar las áreas más anquilosadas de la cultura ecuatoriana, sino precisamente *debido* a ello. La ruptura con el imaginario que el discurso tradicional ha producido sólo puede darse verdaderamente cuando se rompe también con la estructura lineal y previsible de su lenguaje y de sus sistemas de representación. Es difícil separar ambas cosas en su obra.

Por otro lado, habría que revisar bien qué se entiende por textos “feministas”. Si por ello nos referimos al mero afán por subordinar la literatura a la militancia en un movimiento o la simple voluntad de denunciar una injusticia, creo que resulta muy difícil aplicar esa categoría a la abrumadora mayoría de los textos de Holst. Utilizar la noción de “textos feministas”, como categoría divisoria, es complicado. Como se ha afirmado muchísimas veces, el feminismo no es un conjunto homogéneo de planteamientos, sino uno muy diverso. Podemos sin duda hallar afinidades en la obra de Holst con algunos aspectos de esos planteamientos, pero también encontrar momentos en los que se problematizan ciertas zonas de esos discursos.

La de Holst es una escritura disidente con respecto a los formatos reguladores de la cultura. De sus textos emergen

los signos de una crisis que busca desarticular un universo que con frecuencia entra en conflicto con los personajes que se mueven en él. Es interesante mencionar acá nuevamente la influencia de Palacio. Va a ser el autor lojano (más que ningún otro autor o autora) el mejor compañero de ruta en el afán de Holst por arruinar las certezas del “yo” de una tradición cultural fundamentalmente conservadora. Como Palacio, Holst no sólo procura apuntar a temas o historias de injusticias que deben denunciarse, sino sobre todo a buscar modos diferentes de contar esas historias.

“La vida literaria”, relato de *Turba de signos*, funciona como ejemplo de esto último. El texto arranca cuando una revista le pide un cuento a la protagonista, que es escritora. No le dan mayores instrucciones sobre lo que quieren, y esto dispara todo tipo de dudas e inseguridades en ella. El problema no es no tener qué contar, sino encontrar una forma adecuada de hacerlo. Se decide, en un primer momento, por un microcuento: “Era un hombre olvidable como una verdad tan, pero tan evidente, que ya no pudo verlo”. Luego de fantasear sobre la reacción de la revista y de la crítica, desiste de la primera versión y ensaya otra: “Estaba tan concentrada en sí misma que la hicieron esencialmente accesoria.” Ambas son apuestas por la brevedad y la extrañeza: una estructura mínima que opera como una provocación hacia la masculinidad dominante y también hacia las formas tradicionales de la narrativa ecuatoriana (el microcuento era en ese momento un género casi inexistente entre los escritores del país). La protagonista busca potenciar el sentido eliminando todo elemento accesorio e innecesario. A la vez, se pregunta si un relato de esas características es realmente lo que una revista espera de una escritora como ella. Al final, decide insistir y apostar por la provocación. El cuestionamiento que realiza hacia el final del texto lo confirma: “¿la

literatura no es, en última instancia, una confrontación?”. Confrontar un sistema narrativo, en su caso, no pasa por plantear un argumento original o brutal, sino por desmontar las estructuras y el lenguaje de ese sistema. En este cuento, que en realidad contiene tres o cuatro cuentos distintos, queda claro que la “vida literaria” para Holst sólo cobra sentido en este tipo de búsquedas.

El paso del tiempo no ha sido generoso con la literatura de Gilda Holst. Resulta lamentable que, tras el entusiasmo inicial que sus libros provocaron, ninguno haya podido conseguir una segunda edición. Holst pasó de ser una promesa saludada por la crítica a una autora cuya obra sólo podía leerse en fotocopias y en algunas plataformas de internet. El fenómeno no es infrecuente. Después de todo, la ecuatoriana es una literatura extraña que suele olvidar la inmensa mayoría de sus mejores obras y relegarlas a primeras y únicas ediciones, con frecuencia inhallables. La idea de este libro es procurar corregir aquella injusticia. La publicación en España de su obra completa constituye una apuesta importante para recuperar su obra del lugar donde se la ha colocado desde hace varios años.

Carlos Burgos Jara

MÁS SIN NOMBRE QUE NUNCA
(1989)

EL ESCRITOR

Era un escritor, de esos que pululan por cualquier parte. Generalmente escribía como narrador omnisciente y pretendía conocer al dedillo a sus personajes. Les decía “míos o de la tumba” y se enorgullecía de haberles dado características especiales que los sacaban de la nada. Pero era un tirano: los pobres Enriques, Marías, Teresas, Juanes, jamás podían ni sabían cómo rebelarse. Eran personajes acrílicos, muy brillantes, pero sin matices.

Los escritores no son gente común y corriente; no pueden serlo, aunque quisieran; son continuamente juzgados con base en esa premisa y ellos lo saben. Dicen: “Yo soy un hombre como cualquier otro”. ¿Usted cree que cualquier hombre puede decir eso? No; por supuesto que no. Ni el mismo escritor lo hace, y si se anima, enseguida añade: “Soy escritor”. Entonces hasta él mismo se pregunta que qué será eso. Confecciona una lista de las cosas que realiza: escribo, leo, como, bebo, defeco, amo, y de repente el “amo” lo enfatiza y suspira, y como todo el tiempo piensa en letras de molde el lapsus se le escapa: escribí, bebí, comí, defequé, amé, y empieza a caminar con una ceja alzada, mirada irónica, boca seria, nariz sensible. Él ama; y recuerda que tiene que formular una pregunta y, aunque no conoce la respuesta, se porta premonitorio: “cuando ella abra la puerta guiñará el ojo izquierdo, y eso querrá decir que la respuesta será un sí”. Le manda una nota, porque también le gusta

aportarse omnipresente, que dice: “Cuando la tarde se recueste sobre tus cosas y te estés comiendo las uñas, quiero que te acuerdes de mí”, y Anita, en su ausencia, se comerá hasta los dedos de sentirlo por sus rincones.

Pero para hacer más solemne su pregunta y para que alguien piense que él reflexiona todas sus interrogantes, se vistió de blanco hueso y sombrero de toquilla fino, y emprendió un viaje. Subió al “Sacatripas” y, mientras esperaba que la máquina entrara en marcha, miró a lo lejos a un puñado de jóvenes que desde las vigas de madera del puente 5 de junio se tiraban al estero. Pensó en Anita y en cómo se vería en traje de baño.

El hormiguelo en el cuerpo lo empezó a sentir ya lejos de Guayaquil, cuando una señora le alfileró las orejas con carcajadas estridentes. Se había parado a acomodar en la red unas maletas que se venían cayendo desde la salida. De allí su risa, encantada de poder enseñar su nalga impertinente y recibir la ayuda del hombre con monóculo. La señora se volvió a sentar con las piernas un tanto abiertas y al hombre se le cayeron los ojos y el monóculo quedó zangoloteándose en el vacío.

Como hipnotizado volvió a sus ensueños sobre la inteligencia que puede tener una nalga, interrumpido al poco rato con la sensación de que toda la tierra que se filtraba por las rendijas del autoferro se localizaba en su garganta. Pidió Güitig, y mientras la tomaba empezó a sentir el olor salado y fresco del mar.

Al bajarse al andén, el blanco de su traje era gris, y el hueso, triste. Siguió con paso cansado a los otros pasajeros que tenían la misma tarifa completa de fin de semana en el hotel Tívoli.

Al día siguiente cruzó muy temprano el estero y fue a acostarse a la playa. Al poco rato bajaron la rubia, actriz de

Hollywood según la escuchó decir, “extra” pensó, y el barón alemán con piel tan blanca que hacía juego con la espuma, y pensó: “Nacional-socialista en busca de lugares estratégicos para la guerra que se avecina”.

Como se dan cuenta, y como ya lo dijo alguien antes: “es bobo y con el agravante de la comprobación”. El resto del fin de semana se pasó haciendo lo mismo. Regresó, tocó la puerta tembloroso, concentrado en ver el guiño del ojo izquierdo de Anita, pero abrió María. Se volteó furioso, me miró con odio, me agarró la pluma f o r c e j e a m

o

s m e d i j o

¡” \$ o / o * & * ’ () o / o * * * * o / o \$ o / o ’ (¡) ! ” \$ o / o * & ” () ! ” \$ \$ o / o ! ! ! ! \$ & ! ” ” \$ “¡Dámela! ¿Cómo te atreves a contradecirme? ¡Vuelve atrás! ¡Te doy la última oportunidad! ¡Ya sabes que tengo poder sobre ti!” Me dio pena.

Toc-toc, sonó la puerta. Se oyeron pasos presurosos. Anita radiante abre la puerta y el sol de las doce la hace guñan el ojo derecho. Con los hombros caídos, el escritor da media vuelta y piensa: “¿Para qué formular la pregunta?” ¡¡¡¡NNNNOOOO!!!! ¡No seas idiota! ¡Hazme preguntar! ¡Los escritores también se equivocan! Empezó a hablar a gritos y a sudar mucho. Su cara roja se volvió púrpura. Le clavé la puntita de mi pluma y muerto de rabia salpicó de tinta a un lector distraído. Se desteñía poco a poco, aferrado a la puerta, donde al cabo sólo quedó un manchón.

REUNIÓN

a Simone de Beauvoir

Si de ser precisa se trata, tendría que tomar en cuenta la reunión de excompañeros de mi esposo como punto de partida de los cambios que se han dado en mí. No se veían desde hacía ocho años. La mayoría ya eran profesionales, con sus respectivos papeles que defender: abogados, ingenieros, marihuaneros, comerciantes, psicólogos, médicos, escritores, y con sus respectivas esposas o enamoradas que presentar. Las presentaciones iban y venían, reconocimientos, las bromas del colegio, los apodos, el “te acuerdas...”, el “qué es de la vida de...”, el “te juro, hermano...”. A las mujeres nos dejaron en un rincón, mirándonos con caras neutras y aburridas, obviamente sin nada de qué hablar. Poco a poco se empezó con lo del “qué vestido tan lindo, ¿dónde te lo compraste?”, y en la sección de los hombres ya se había superado la etapa de los carros adquiridos; o carros comentados; y de los goles del domingo; y se encontraban en el cómo tirarse a las mujeres buenotas, de la manera más efectiva. Sin embargo, los temas volvían siempre al colegio, al cura maricón, el hijo’ e puta de Rodríguez, la media aritmética colgada en la pizarra, las risas. En la sección de mujeres ni siquiera se pretendía saber o hablar de otros temas que no fueran las empleadas y los niños. Me levanté y caminé hacia los hombres. Debí haber llevado una bandeja o haberme hecho la disimulada

en las afueras del grupo, pero me instalé en el centro. Se hizo el silencio y vi la cara de Roberto desencajada, saltando al suelo, y entre zapatos terminar profundamente avergonzada. Los otros no sabían dónde mirar, y se sentían incómodos, sin saber qué hacer. Entre mis piernas, un olor a sexo se había empezado a filtrar y todo el mundo lo había percibido. Fue una suerte que en ese momento anunciaran la cena.

Cuando llegamos a la casa, Roberto me dijo desde sucia para abajo. Por más que le aseguré que me había bañado antes de salir y que tampoco me explicaba lo que había pasado, no me creyó.

Los primeros días después del incidente no salí en absoluto, pendiente todo el tiempo de si se repetía el fenómeno. Me lavaba de tres a cinco veces diarias y me ponía talco y colonia otras tantas veces. Como no ocurrió de nuevo, volví a mis actividades de siempre, pero eso sí, tomando precauciones estrictas. Jamás, bajo ninguna circunstancia, salía a la calle sin lavarme. Usaba pantalones y cada dos horas reemplazaba las toallas perfumadas. A Roberto lo noté contento porque, en esos meses, nunca tuve que decirle: “espérate, que me voy a bañar”.

Todo igual, ningún indicio de lo que iba a venir. El lugar era pequeño, pocas personas, caras sin maquillaje, ropa sencilla, cerveza, humo y, desde algún sitio, una canción. Después de dos horas todos conversábamos juntos, pero no cabía duda de que nuestra atención estaba en Andrés. Sorprendía con sus observaciones, nos hacía reír con sus chistes, escuchaba cuando era menester. A todas las mujeres nos miró con reconocimiento, reflexionaba sobre política, se sabía superior con la humildad debida y estaba feliz. Yo también intervine muchas veces, pero dentro de los límites precisos, para hacer continuar la conversación. Afirmaciones de respaldo con la cabeza; unas cuantas miradas admirativas; un

número discreto de apoyos verbales. Se empezó a discutir un tema del cual yo estaba bastante documentada. No me di cuenta de nada hasta que sentí mezclas de sorpresa, desdén y horror en las miradas detenidas en mi piel. Mi voz había sido templada y el contenido planteaba simplemente, otro punto de vista. Intenté quedarme en el último reducto posible y le dije: “puede ser que tengas razón”, pero fue inútil; Andrés siguió. Se levantaron tapándose las narices y se situaron en grupos en los extremos de la habitación. Nunca me había puesto tan roja en mi vida, ni me he sentido tan humillada. Guardé mi cara en las manos y percibí ese horrible olor en todo mi cuerpo. Salí corriendo sin esperar a Roberto, que también salía disculpándose de toda la gente.

No cogí carro por temor de que el taxista me oliera. Caminé, caminé mucho, y cuando por fin llegué a casa corrí desesperada al baño y me lavé diez, quince, veinte veces y nada. El olor se dilataba en ondas, irrumpía en las cosas, impregnaba las paredes, se filtraba por las puertas y ventanas. No podía esconderme en ningún lugar; el olor me acusaba: en mi boca, ademanes, piel; hasta las palabras olían. No había nada que hacer. El olor quedó quieto, presente siempre. Roberto no regresó.

No salía; no podía resistirme a mí misma, pero cosa extraña, mi olfato empezó a habituarse. Acepté la idea de que tenía que ser así. La costumbre de tenerlo siempre hacía que a veces ni siquiera me acordara. Otras, yo misma lo buscaba. Adquirió vida propia: unas veces era muy fuerte; otras, tenue y dulzón; otras, extraño y nuevo. Sigue habiendo mucha gente incapaz de tolerarme, pero ya no me importa; me gusta percibirme con mis olores, y pensar que el final de la conversación fue una ridiculez: eso de que Andrés me dijera que yo pensaba así porque era una mujer, y yo contestándole que no, que pensaba así porque estaba en lo correcto.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
---------------	---

MÁS SIN NOMBRE QUE NUNCA

(1989)

EL ESCRITOR	23
REUNIÓN.....	27
DEBO A LAS NOVELAS	31
EL EJERCICIO.....	39
PALABREO.....	41
PERCANCE EN LA CARRETERA	43
SUEÑO.....	49
DÍA DE PLAYA	53
UNA PALPITACION DETRÁS DE LOS OJOS	57
LA CARA PÚBLICA DE SANTIAGO	61
DESTINO	67
LUISA PAIJÓS	69
LA COMPETENCIA	75
EL LIBRO	81
TRABAR UNA IMAGEN.....	85
EL LADRÓN	99
EL RESCATE	103
APENAS UN METRO SOBRE EL NIVEL DEL MAR.....	109
EN EL TEMBLOR.....	115
CAIZEDO (CON ZETA)	117
MÁS SIN NOMBRE QUE NUNCA	121

TURBA DE SIGNOS

(1995)

ALGO SIN IMPORTANCIA.....	137
HACER PUENTE.....	139
LOS SÍNTOMAS.....	143
HABÍA TENIDO LA CERTEZA	147
UNA TURBA DE SIGNOS.....	149
LA VOZ EN <i>OFF</i>	151
NO ES MUCHO	159
DE REPENTE.....	161
EL CASTIGO.....	167
LA VIDA ES SUEÑO.....	169
ALGO DEBE OCURRIR.....	173
CON SUMO CUIDADO	177
EL ERMITAÑO.....	181
EL ASALTO FALLIDO	183
POR EJEMPLO	189
OTROS MOMENTOS.....	193
SIN CREMA, VISERA NI PARASOL	195
EL ENTIERRO DE JULIETA.....	197
ELLA LE PREGUNTA.....	201
LA VIDA LITERARIA.....	207

DAR CON ELLA

(2000)

BUMERÁN

(2006)

VOY	347
BUMERÁN.....	349
DE BRAZOS Y ALMAS	361
LOS PORTEROS.....	363
LA CHOCLEDAD O LA TUSA	365
LOS GARUADOS.....	367
EN LAS NUBES.....	369
MALECÓN #43 O LA HORA DEL CEBICHE POSIBLE	371
AVENIDA QUITO #45 O UN DÍA PLÁCIDO	375
CALLEJÓN XLOPETEC #39 O EL ABATIDO	379
ASANCHEZ49@KOKINET.COM	
ASUNTO: PARLOTEAR	383
INTERPROVINCIAL A-51	
ENTERADA, PERO NO ENTERA	385
47 COLDWATER DRIVE O LA PREGUNTA	389
PARACAÍDAS.....	393
TRATO DE CONVENCER A LA TIPA QUE SUDA	
A CHORROS.....	403
LOS PORTEROS II.....	405
INTERMEDIO O BORRADOR.....	409

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 28 DE NOVIEMBRE DE 2025